

ACTAS DE LA XLIV REUNIÓN DE AMIGOS DE LA CIUDAD
CATÓLICA: LA DEVASTACION MODERNISTA EN EL
CENTENARIO DE LA ENCÍCLICA PASCENDI

EL CONTEXTO HISTÓRICO DE LA ENCÍCLICA
PASCENDI

POR

JORGE SOLEY CLIMENT

Iniciamos este Encuentro de los Amigos de la Ciudad Católica que quiere celebrar el centenario de la encíclica *Pascendi*, proclamada el 8 de septiembre de 1907, precedida a su vez por el decreto *Lamentabili* de 3 de julio del mismo año y cuya labor sería continuada en 1910 por el juramento antimodernista.

Más que un desarrollo histórico de los principales hitos que marcan el ascenso del modernismo y que llevan a la actuación, valiente y penetrante, del papa San Pío X, que podemos encontrar tratado con mayor o menor acierto en los libros de historia de la Iglesia, tras un breve repaso a algunos hitos que considero cruciales me detendré hoy en algunos aspectos históricos del modernismo que me parecen que pueden ayudarnos en la reflexión que iniciamos ahora.

Giuseppe Sarto había accedido al solio pontificio el 4 de agosto de 1903 con el nombre de Pío X en una época en la que la situación de la Iglesia no era nada fácil. Tras el golpe que había supuesto la revolución francesa y las revoluciones liberales del XIX, la obra

risorgimentale italiana había abierto una profunda herida en el país natal del papa Sarto, lo que se conoció como cuestión romana, por la que los católicos que vivían en el denominado reino de Italia tenían prohibida desde 1874, con el *Non Expedit*, la participación en la vida política. En su primera encíclica como papa, *E supremi apostolatus cathedra*, de 4 de octubre de 1903, san Pío X nos ha dejado un fresco de la época de gran realismo y profunda penetración del origen de los males: “*la audacia y la ira con que se persigue la religión en todas partes, se combaten los dogmas de fe y se prepara abiertamente para extirpar y para aniquilar toda relación del hombre con la divinidad... el mismo hombre, con infinita temeridad, se ha puesto en el lugar de Dios, de tal manera que, aunque no puede borrar totalmente de sí todo vestigio de Dios, sin embargo, rechazada su majestad, ha hecho del universo un templo para sí mismo, donde ser adorado. Se ha sentado en el templo de Dios, mostrándose como si fuera Dios*”. No es de extrañar que, ante este panorama, san Pío X eligiera como lema de su pontificado el célebre *Instaurare omnia in Christo*, única solución viable al verdadero calado del problema al que se enfrentaba.

Pero los problemas que asediaban a la Iglesia no se limitaban a las tensiones con el Estado italiano. Más perniciosas eran las ideas difusas, con cada vez mayor predicamento, especialmente en Francia, que el Papa acabaría designando como modernismo. No se trataba de una novedad, pues los errores condenados en la *Pascendi* ya habían sido señalados por los papas anteriores (es por ello que la *Pascendi* está repleta de referencias a los concilios de Trento y Vaticano I, a la *Quanta Cura* y al *Syllabus*, y en general a todo el magisterio pontificio precedente). Y es que el modernismo recoge el testigo del catolicismo liberal con el que se enfrentó Pío IX, o más aún, y como dice a misma encíclica, del protestantismo, de donde se derivan sus raíces doctrinales. No es de extrañar pues que se haya señalado que es a través del modernismo como los postulados del protestantismo liberal del siglo XIX penetrarán en el campo católico.

Incubado pues en ambientes intelectuales de “vanguardia” bajo formas variadas y no siempre de acuerdo entre ellas, el modernismo pretendía producir profundas reformas en la doctrina y en la estructura de la Iglesia, con el pretexto de adaptarla al “espíritu de los

tiempos”. Según el que probablemente fuera su más conspicuo representante, Alfred Loisy (1857-1940), “*los modernistas forman un grupo bastante definido de hombres de pensamiento, unidos por el común deseo de adaptar el catolicismo a las necesidades intelectuales, morales y sociales de nuestros días*”. Y especificando la magnitud de esta adaptación, afirmaba que el objetivo era “*cambiar la Iglesia, su constitución, su doctrina y sus ritos*”(1). Además, también hay que tener presente que la *Pascendi* se desarrolla en paralelo a la crisis provocada por el grupo liderado por Marc Sangnier, quienes lanzarían la revista y el movimiento de Le Sillon y que el Papa tendría que condenar el 25 de agosto de 1910.

La adaptación querida por los modernistas no era de hecho ni superficial ni saludable. Ésta habría alcanzado los mismos fundamentos de la Iglesia, comportando en la práctica su destrucción: “*¡El viejo edificio eclesiástico deberá derrumbarse!*”, proclamaba Loisy. La misión de los modernistas, según Tyrell, era de “*golpear y golpear la vieja carcasa de la Iglesia Romana*”. Por esto, en el acto de condenarla, San Pío X definió esta corriente como “*la síntesis de todas las herejías*”, especificando además: “*si alguien se hubiera propuesto reunir en uno el jugo y como la esencia de cuantos errores existieron contra la fe, nunca podría obtenerlo más perfectamente de lo que han hecho los modernistas (...) [Los modernistas] han aplicado la segur, no a las ramas, ni tampoco a débiles renuevos, sino a la raíz misma; esto es, a la fe y a sus fibras más profundas*”.

Llegados a este punto resulta especialmente interesante observar la estrategia seguida por los modernistas italianos. Desde 1867 existía en Italia la Sociedad de la Juventud Católica Italiana, dirigida por Giovanni Acquaderni. En junio de 1874 tuvo lugar en Venecia un congreso católico que terminó creando un movimiento de ámbito nacional. Esto se concretó un año después en el congreso de Florencia, del cual brotó la Obra de los Congresos y de los Comités Católicos en Italia. La presidencia fue confiada inicialmente al mismo Acquaderni.

(1) Alfred Loisy, “*Simplex Réflexions sur le Decret du Saint Office Lamentabili Sane Exitu, et sur l’Encyclique Pascendi Dominici Gregis*”, pág. 13, en Arthur Vermeersch, *Modernism*, Catholic Encyclopedia, Caxton Publishing, Londres, 1911, Vol. X, pág. 416

Algún tiempo después, sin embargo, comenzaron a manifestarse los primeros roces. Los jóvenes líderes en ascensión dentro de la Obra representaban una orientación bastante diversa, afín con las nuevas ideas modernistas. Algunos sectores de la Obra comenzaron a manifestar una fuerte infiltración modernista y católico-democrática. En 1891, los sectores más radicales influenciados por Romolo Murri fundaron los “grupos democráticos” ubicados tan a la izquierda como para querer abandonar la etiqueta “democrática” sustituyéndola con la de “socialista”. La corriente murriana brotó en el 19º Congreso nacional de la Obra realizado en Bolonia en 1903 y la vieja guardia salió derrotada.

Profundamente descontento por el resultado del congreso y, de modo general, por la orientación que habían tomado algunos sectores de la Obra, en diciembre de 1903 San Pío X publicó el “motu proprio” *Fin dalla prima*, en el cual delineaba una “normativa fundamental para la acción social de los católicos”, en claro contraste con las ideas católico-democráticas. Estos sectores respondieron convocando un congreso en Bolonia, donde fue fundada la Liga Democrática Nacional, de inspiración socialista. Para aclarar de una vez por todas la situación, San Pío X publicó entonces la encíclica *Il fermo proposito*, en la cual condenaba la corriente cristiano-democrática. Don Murri fue primero suspendido *a divinis* y, después, excomulgado. Abandonando la sotana, se casó en 1912.

En cuanto al camino anterior a la *Pascendi*, también éste es largo y muestra tanto la enorme paciencia como la firmeza del Papa. Ya en 1903 se habían incluido en el Índice algunas de las obras de Loisy y Houtin y la encíclica *Iucunde sane*, de 12 de marzo de 1904, denuncia la pretensión de que la Iglesia deba someterse a la “nueva ciencia”. En 1906 el Papa debe dirigirse a los obispos italianos para advertirles contra la propaganda modernista y en su alocución consistorial de 15 de julio de 1907 vuelve a la carga advirtiendo del peligro de quienes tratan de destruir la fe católica desde dentro.

Vemos pues que la *Pascendi* no llega sino después de un largo pulso en el que el Papa no duda en actuar con firmeza para proteger la fe de su grey. Después de repetidas e inútiles advertencias –recordemos particularmente la encíclica *Pieni l'animo* (1906)– San

Pío X se ve obligado a promulgar el decreto *Lamentabile sane exitu*, de 3 de julio de 1907, en el que se condenan 65 proposiciones tomadas de las obras de Loisy, Tyrrel, Le Roy y Blondel, y posteriormente la encíclica *Pascendi Dominici gregis*, de 8 de septiembre de 1907, en la que profundiza y fundamenta en la condena explícita en el primer decreto.

Salta a la vista a cualquiera que se acerque al fenómeno modernista que éste fue principalmente una creación de teólogos heterodoxos (ignorantes de la ciencia teológica y empapados en la filosofía moderna), con un protagonismo del clero muy marcado. Y es que el modernismo, y lo que ha sido su continuación, el progresismo, a pesar de sus reiteradas alusiones a la “democratización” de la Iglesia y a la creación de una “iglesia del pueblo”, nunca ha contado con la adhesión del pueblo católico sencillo, a quien, dicho sea de paso, siempre han despreciado los modernistas como incapaz de comprender su abstruso lenguaje.

Pedantes, los modernistas actuarán con un orgullo que fácilmente podemos calificar como de satánico. Dialécticamente enfrentados a la jerarquía, ante las condenas no se comportarán como el hijo reprendido que acepta la reconvencción de su padre, sino que se revolverán, resentidos, presentándose como mártires de una iglesia auténtica que coincide con sus vanas pretensiones. Así, lejos de someterse, los modernistas replicarán al magisterio papal con innumerables panfletos, libros y artículos periodísticos.

Pero si muchos de los grandes enemigos de la Iglesia inmediatamente anteriores a la eclosión y condenación del modernismo eran ajenos a la Iglesia, la novedad radica en que en esta ocasión se la combate desde dentro. Escribía Jaime Bofill en *Cristiandad* que “*la infiltración era tan extensa, que bien podría decirse, adaptando una frase escrita a propósito de la herejía de Arrio: “El mundo católico despertó, y se encontró, aterrado, que era modernista”*”. Situación especialmente grave si consideramos que los modernistas se aprovecharon de su situación jerárquica en la Iglesia para deformar la conciencia de otros sacerdotes y seminaristas que recibían sus enseñanzas.

No es de extrañar pues que el Papa, al inicio de la encíclica, afirme para justificar su actuación que “*Lo que sobre todo exige de Nos*

que rompamos sin dilación el silencio es que hoy no es menester ya ir a buscar los fabricantes de errores entre los enemigos declarados: se ocultan, y ello es objeto de grandísimo dolor y angustia, en el seno y gremio mismo de la Iglesia, siendo enemigos tanto más perjudiciales cuanto lo son menos declarados”.

También las reacciones a la *Pascendi* pueden ser motivo de reflexión: uno está tentado de pensar que ese gesto de firmeza doctrinal y pastoral debería haber provocado una reacción tremenda, un terremoto. En efecto, el lenguaje del Papa es, sin lugar a dudas, inequívoco y fuerte, como lo atestiguan los siguientes pasajes de la encíclica:

“Cualesquiera que de algún modo estuvieren imbuidos de modernismo, sin miramiento de ninguna clase sean apartados del oficio, así de regir como de enseñar, y si ya lo ejercitan, sean destituidos [...]. En esta materia, venerables hermanos, principalmente en la elección de maestros, nunca será demasiada la vigilancia y la constancia; pues los discípulos se forman las más de las veces según el ejemplo de sus profesores; por lo cual, penetrados de la obligación de vuestro oficio, obrad en ello con prudencia y fortaleza.

Con semejante severidad y vigilancia han de ser examinados y elegidos los que piden las órdenes sagradas; ¡lejos, muy lejos de las sagradas órdenes el amor de las novedades! Dios aborrece los ánimos soberbios y contumaces.

Ninguno en lo sucesivo reciba el doctorado en teología o derecho canónico si antes no hubiere seguido los cursos establecidos de filosofía escolástica; y si lo recibiese, sea inválido. [...]

También es deber de los obispos cuidar que los escritos de los modernistas o que saben a modernismo o lo promueven, si han sido publicados, no sean leídos; y, si no lo hubieren sido, no se publiquen.

No se permita tampoco a los adolescentes de los seminarios, ni a los alumnos de las universidades, cualesquier libros, periódicos y revistas de este género [...]

Y, en general, venerables hermanos, para poner orden en tan grave materia, procurad enérgicamente que cualesquier libros de perniciosa lectura que anden en la diócesis de cada uno de vosotros, sean desterrados, usando para ello aun de la solemne prohibición.”

Uno esperaría, al menos desde la mentalidad más común en

nuestros tiempos, una hecatombe, la deserción de la Iglesia de miles de almas escandalizadas por tamañas pretensiones. Pero ocurrió todo lo contrario, mostrando que demasiado a menudo si de algo pecamos no es de audacia y confiamos demasiado poco en la actuación de la Divina Providencia. Lo cierto es que la *Pascendi* fue bien acogida entre los católicos, provocó pocas posturas de rechazo y las pocas actitudes rebeldes provinieron, como ya se ha señalado antes, del clero más infectado de modernismo, que se veía forzado a elegir entre el cumplimiento de las medidas promovidas por la encíclica o la revuelta explícita.

“Mirando a mi alrededor estoy obligado a admitir que la corriente modernista está destruida, sus fuerzas están por ahora agotadas. Debemos esperar el tiempo en que, por medio de un trabajo silencioso y secreto, habremos conseguido transbordar a la causa de la libertad una más amplia parte de los fieles” (2). Así se lamentaba el jesuita inglés George Tyrrel (1861-1909) después de la condenación de la herejía modernista.

Pero si es indudable que la *Pascendi* y la ulterior acción de san Pío X tuvo un efecto sumamente benéfico sobre la vida de la Iglesia, por desgracia el trabajo silencioso que anunciaba Tyrrell dio sus frutos. Este trabajo callado va de la mano de una actitud nueva que, ya lo hemos señalado, rehuye el enfrentamiento directo e incluso protesta verbalmente fidelidad al Papa. Tampoco esta táctica es nueva, pues ya el jansenismo inauguró la táctica del empecinamiento en, contra toda lógica, afirmar la pertenencia a la Iglesia, argumentando la mala comprensión del Papa acerca de las doctrinas condenadas. Una estratagema que el Papa ya preveía, lo que le hace advertir lo siguiente:

“En toda esta exposición de la doctrina de los modernistas, venerables hermanos, pensará por ventura alguno que nos hemos detenido demasiado; pero era de todo punto necesario, ya para que ellos no nos acusaran, como suelen, de ignorar sus cosas; ya para que sea manifiesto que, cuando tratamos del modernismo, no hablamos de doctrinas vagas y sin ningún vínculo de unión entre sí, sino como de un cuerpo defini-

(2) Carta al P. Marcel Hébert, en Alec Vidler, *The Modernist Movement in Roman Church. Its origins and outcome*, Gordon Press, New York, 1976, pág. 78.

do y compacto, en el cual si se admite una cosa de él, se siguen las demás por necesaria consecuencia. Por eso hemos procedido de un modo casi didáctico, sin rehusar algunas veces los vocablos bárbaros de que usan los modernistas”.

Y más adelante, el propio Papa, señalará la naturaleza de esta táctica: *“táctica, a la verdad, la más insidiosa, consiste en no exponer jamás sus doctrinas de un modo metódico y en su conjunto, sino dándolas en cierto modo por fragmentos y esparcidas acá y allá, lo cual contribuye a que se les juzgue fluctuantes e indecisos en sus ideas, cuando en realidad éstas son perfectamente fijas y consistentes”.*

Será el propio san Pío X, tres años más tarde, quien denunciará en el “*motu proprio*” *Sacrorum Antistitum*, que los modernistas se estaban reagrupando en una “liga clandestina” (*clandestinum foedus*), advirtiendo además que ellos *“no han abandonado su designio de perturbar la paz de la Iglesia”*

Fenómeno persistente, pues Pío XI se refiere al mismo hecho cuando escribe en la *Ubi Arcano*, de 23 de diciembre de 1922, que: *“son muchos los que creen o dicen que toman en consideración las doctrinas católicas sobre la autoridad social, [...] las relaciones entre Iglesia y Estado, [...] sobre los derechos de la Santa Sede y las prerrogativas del Romano Pontífice y del Episcopado, sobre los derechos sociales del mismo Jesucristo”* pero al mismo tiempo *“hablan, escriben y, lo que es peor, actúan como si no tuvieran que seguir [...] las doctrinas y las prescripciones solemne e invariablemente citadas e inculcadas en numerosos documentos pontificios, en concreto en León XIII, Pío X y Benedicto XV”.* Para acabar afirmando que *“esta especie de modernismo moral, jurídico, social no es menos condenable que el modernismo dogmático”.*

Y es que *“obligados a una especie de vida clandestina”*, explica Albert Besnard, O.P., *“los modernistas continuaron obrando de modo secreto, inspirando sucesivamente a la mayor parte de las contestaciones religiosas que hoy vemos en la Iglesia”.* Don Germano Pattaro, del Seminario Patriarcal de Venecia, precisa igualmente que: *“el cambio de perspectiva se operó dolorosa y trágicamente con el modernismo fue retomado y repropuesto en la Nouvelle Théologie”, sucesivamente condenada en varios documentos, especialmente en la encíclica Humani generis”* (3).

(3) Germano Pattaro, *Curso de Teología del ecumenismo*, Brescia, 1985, pág. 344.

Un repaso rápido a algunos errores del modernismo nos vencerá de la actualidad del modernismo y de su persistencia a un siglo de su condena. La religión considerada como un hecho vital, una experiencia, y desde esta perspectiva radicalmente naturalista, la afirmación de que todas las religiones son igualmente verdaderas.

Los dogmas presentados como expresión del sentimiento religioso y, en consecuencia, mutables, sujetos a evolución. El historicismo y la exégesis crítica de la Sagrada Escritura, sin atender ni al Magisterio ni a la Tradición, negando así los milagros y principalmente el más grande de ellos, la resurrección de Jesucristo. Todos ellos son errores típicamente modernistas con los que, por desgracia, nos hemos topado más de una vez en nuestras vidas.

Permítaseme, llegados a este punto, hacer una breve digresión, que creo sugerente, que conecta el fenómeno modernista y la revolución gnóstica tal y como la caracteriza Eric Voegelin en su obra *La nueva ciencia de la política*. Citando a Hooker, Voegelin recuerda que la posición puritana “*podía utilizar la Biblia cuando pasajes de la misma fuera de contexto sirvieran para apoyar la causa*” (4). Así, se presentó como el cristianismo auténtico y originario, el de los primeros cristianos; a este respecto afirma Voegelin: “*en las primeras etapas de la revolución gnóstica ese camuflaje era necesario, ya que un movimiento abiertamente anticristiano no habría podido tener éxito en el plano social*” (5). Pues bien, no puedo dejar de advertir que algo similar ocurre con el modernismo y el uso que hace de un lenguaje bíblico en cuyos contenidos no cree y que desprecia profundamente pero que utiliza sin contemplaciones, sabedor de que no puede mostrarse abiertamente como lo que es realmente.

Para acabar, un pequeño comentario a las derivas políticas del modernismo. Ya vimos cómo éste había alterado la vida y fines de ciertas asociaciones católicas italianas, estando muy presente en la génesis de una corriente de activismo socio-político izquierdista que, nacida como componente del “catolicismo social”, dio vida al “catolicismo democrático” del cual salió el “cato-comunismo” (más

(4) Eric Voegelin. *La nueva ciencia de la política*, Katz Editores, Buenos Aires, 2006, pág.168.

(5) Eric Voegelin. *La nueva ciencia de la política*, Katz Editores, Buenos Aires, 2006, pág.169.

conocidos por estos lares bajo el nombre de “cristianos para el socialismo”). Es lo que podemos denominar la corriente político-social del modernismo filosófico-religioso. Ya hemos dicho que los modernistas siempre tuvieron escasa influencia sobre la opinión pública. El modernismo permaneció como un fenómeno de élites intelectuales, principalmente clericales (por cierto, cuánta razón tenía santa Teresita cuando afirmaba la necesidad y urgencia de rezar por los sacerdotes, por quienes tanto daño se hacía a las almas sencillas), les faltaba un movimiento de masas que permitiese la difusión masiva de las nuevas ideas. La ocasión se presentó a fines de los años 20, cuando el entonces papa Pío XI emprendió la reorganización de los laicos, dando vida a la moderna Acción Católica, siguiendo un esquema que fue reproducido después en todo el mundo. En la intención del Sumo Pontífice, la Acción Católica debería constituir un vasto movimiento apto para coordinar el empeño apostólico de los seculares, bajo la guía de la Jerarquía. Pero casi desde el comienzo existió dentro de la nueva asociación una importante presencia modernista. En Francia el desvío fue tan grave que indujo a sectores enteros de la Acción Católica a adherirse al socialismo y al comunismo. Cuando, a comienzos de los años 70, fue fundado en Francia “Cristianos para el Socialismo”, cinco grupos de Acción Católica se adhirieron en bloque. El daño infligido a la Iglesia desde entonces es incalculable.

Escribía Juan Pablo II que *“no se puede negar que la vida espiritual atraviesa en muchos cristianos un momento de incertidumbre que afecta no sólo a la vida moral, sino incluso a la oración y a la misma rectitud teológica de la fe. Ésta está a veces desorientada por posturas teológicas erróneas, que se difunden también a causa de la crisis de obediencia al magisterio de la Iglesia”* (6). El modernismo, pues, en palabras del Papa del cambio de milenio, está por desgracia presente en la vida de muchos cristianos, con las nefastas consecuencias que siempre ha acarreado. Confiamos en que el estudio que realizaremos a través de esta Reunión de Amigos de la Ciudad Católica sea instrumento en manos del Señor para combatir los males que aún hoy aquejan a su Iglesia.

(6) Tertio Millenio Adveniente, 36.